

Intensamente

Jesús Eduardo Martín Jáuregui

Para el Doctor Alfonso Pérez Romo, con mi corazón

Es imposible no recordar y plasmar la anécdota del cumpleaños (ocho décadas o algo así) del Doctor. La mejor forma de celebrarlo era haciendo lo que más le apasionaba mientras podía seguir haciéndolo. Recordando a Desiderio Macías Silva, su gran admirador, mi amigo, una noche que cenábamos en el restaurante Andrea, de la plaza de armas, un comensal le dijo: “Oiga, Doctor, ¿usted fuma mucho?”. A lo que el Doctor res-

pondió: “Mire, yo, todo lo que puedo, lo hago mucho”. Así, el Doctor Alfonso Pérez Romo hizo mucho todo lo que quiso hacer, porque no hubo límites para su sensibilidad, para su entusiasmo, para sus dotes, para sus relaciones, para su inteligencia y para sus destrezas, salvo, hay que decirlo, las que él quiso asumir.

La tarde de su cumpleaños lo celebramos en la ganadería de Manolo Espinosa, también Armillita, un gran torero, un gran taurino y una gran persona. El Doctor torearía un burel. Luego de haber sido juez de plaza durante cuatro temporadas en la Feria de San Marcos, impulsado, si no empujado por el Doctor, con la connivencia del entonces presidente municipal Miguel Romo Medina, me encomendaron la honrosísima tarea de fungir como juez de plaza en el cortijo, en la lidia de un bravo eral, posiblemente utrero, a cargo del cumpleaños. Cada quien en su oficio es rey, dice el refrán, y en una tarde inolvidable por el ambiente, por el clima, por la amistad, por la torería, el Doctor trazó unos lances y bordó unos pases que allí quedaron. Su emoción contagió a los presentes y su faena los convenció. Los más entusiastas lo auparon a hombros: máximo reconocimiento al torero. Cuando fui a darle la enhorabuena, como se estila, conteniendo las lágrimas, me dijo: “Chuy, esto es la gloria”, y sin duda sabía de lo que hablaba.

Hacia honor al dicho de Manolo Martínez: hablar de toros es un poco menos bonito que torear. La suerte suprema, no por nada llamada así, era un tema de conversación inagotable. Es decir, también inagotable porque las conversaciones con el Doctor no tenían nunca un punto final, sino puntos suspensivos. Como en el viejo dicho de la enseñanza que reza que cada maestrillo tiene su librito; en el toreo, cada torero tiene su tranquilo, y cada aficionado tiene su percepción.

Mi papá, gran aficionado, solía decir que cada espectador ve su propia corrida. Alguna vez que fungí de palafrenero de un amigo alguacilillo de la Plaza México, al término de la corrida, en un puesto de tacos, le pregunté al que entonces era

líder de los monosabios: “¿Por qué pinchan tanto los toreros?”. Me contestó: “Porque se apuntan a los cuernos”. Comen-tándolo con el Doctor, y recordando a grandes toreros, pero pésimos matadores y grandes estoqueadores, como Santiago Martín “el Viti” o Raúl Contreras “Finito”, el Doctor dijo que la suerte de matar tiene una distancia como cualquier otra, determinada por las condiciones del toro, que cambian en el transcurso de la lidia. Cuando sale de toriles, sale con fuerza, galopando, rematando y, conforme avanza la lidia, el toro va perdiendo fuerza y la distancia a la que embiste se va recortando. El torero ha de perfilarse y citar a matar a la distancia en la que el toro está embistiendo. De esa forma, el encuentro es más plástico, más seguro y más certero. Sólo por alguna razón que puede empezar con la letra “m”, muchos prefieren perfilarse de largo, montarse en su motocicleta y entrar a matar y dejar el espadazo, antes de que el toro se acabe de enterar.

Otra cosa que es fundamental se ilustra perfectamente con la divisa que dice: “al que no hace la cruz, se lo lleva el diablo”. La suerte suprema, decía el Doctor, es un pase más, una suerte más, en la que el toro debe pasar. Por ende, lo primero y más importante es citar al toro a su distancia, con la mano izquierda, embarcarlo, llevarlo templado y despedirlo, una especie de media dosantina. Así, platicado, parece no tener gracia, parece ser simple y relativamente fácil de realizar. La cuestión es que, al mismo tiempo, perfectamente sincronizado el brazo derecho que porta el estoque, debe herir entre la décimo tercera y décimo cuarta vértebra, en el inexistente hoyo de las agujas, y entrar en un ángulo de alrededor de 45 grados, para lo cual es indispensable que el torero no deje de ver la diana, atrasito del morrillo del animal. Lo más difícil es sincronizar y no perder de vista el blanco, aunque, decía el Doctor, siempre hay la tentación, la precaución, la preocupación o, de plano, el temor de echar una ojeada a los cuernos del toro, en el trance final de su entrega, y allí viene el pinchazo. Como todo buen taurino, el Doctor se incorporaba y lo ilustraba ma-

gístralmente. ¡Olé! También ejerció magístralmente la crónica taurina, dejando muestras extraordinarias, no sólo de buen gusto y conocimiento, sino de pedagogía taurina. Algo que ahora hace tanta falta.

El Doctor Pérez Romo, parafraseando a don Enrique Castaings, podría decirse con toda justicia, y utilizando guangamente el lugar común, fue un “aguascalientense” nacido en Hidalgo del Parral, Chihuahua, que hasta nos legó un topónimo, *acalitano*. Su Xanadú fue nuestra ciudad y nuestro estado, y encarnó los valores de un terruño, al que nada se le ha dado y todo se lo ha sabido ganar. Ser *acalitano*, como ser taurino, es, ante todo, un estado de ánimo. En su magístral obra *El ciudadano Kane*, Orson Welles, con el fondo de Xanadú, desarrolla como tema la imposibilidad de una biografía (cada visión, cada experiencia del magnate, nos oscurece, difumina y aleja de la realidad de aquel ser, grandote más que grandioso e inasible). Con el Doctor, como se verá, cada nueva pincelada de quien lo trató enriquece el caleidoscopio de su persona y su personalidad. En el toreo, paráfrasis de la vida, “se torea como se es”. El dicho se atribuye a Juan Belmonte. Ampliando el diafragma, diríamos, con rotundidad: el toreo se vive como se es.

Su experiencia más trascendente para el toreo de Aguascalientes la vivió como empresario. “La fiesta de toros es en donde me he encontrado los truhanes más truhanes y los caballeros más caballeros”, decía. Cercana la feria y armándose los carteles, el Doctor recibió la llamada de un ganadero que después continuaría como empresario en la Monumental. “Te hablo, le dije, porque estoy en una reunión con unos amigos y uno me está pidiendo que le eche la mano a su hijo, que es matador de toros, al que le veo muchas facultades y le ofrecí ayudarlo para que entre en la feria”. El Doctor, en uno de sus pocos momentos de cierta crudeza, le contestó: “Pues si de verdad quieres ayudarlo, dile que se dedique a la sastrería como el papá, porque de los toros no se va a comer una gorda dura. De cualquier manera, déjame ver si lo puedo meter con un

puesto en alguna corrida, por allí en las últimas de la feria”. El ganadero le dijo: “No, Doctor, no me has entendido, yo les ofrecí que torearía mi corrida y te hablo para que lo tomes en cuenta y ajustes el cartel”. El Doctor le contestó que para el 25 de abril tenía firmados, con esa corrida, a tres primeros espadas, por lo que le preguntó: “¿Dime a quién echo para atrás?”. Le contestó: “Bueno, Doctor, yo se los prometí, no me hagas quedar mal”.

Pasado el incidente, para el novel torero hubo alguna propuesta que no resultó de su agrado y se llegó la feria y el esperado 25. El ganado no había llegado, no obstante que ya estaba funcionando “El Campanario”, lo cual permitía que los ganaderos mandaran sus encierros con anticipación; pues llegaban a descansar, a recuperarse del estrés del viaje y que el trayecto de Peñuelas a la Plaza es relativamente corto, aunado a que el buen diseño y funcionamiento de los corrales permitía el manejo del ganado sin sobresaltos ni incidentes. La víspera, el 24, se estuvo esperando el transporte que, según el ganadero, había ya embarcado. Los esfuerzos del Doctor se enfocaron en buscar de última hora un encierro para sustituir al que no llegaba, incluso la posibilidad complicada de adelantar alguno de los ya presentes en “El Campanario”. En la mañanita del 25 llegó el camión directamente a la Plaza para desembarcar. Recibido el encierro, nos encontramos con que los toros enviados no eran los vistos y reseñados en la ganadería. No hay disyuntiva: se echa para atrás el encierro del ganadero de postín, se busca otro que los espadas acepten torear, se parcha con problemas de confección de los lotes y aceptación de apoderados y figuras o se apechuga. Con su sensatez, mesura y prudencia proverbiales, el Doctor sorteó el incidente. La corrida, aunque pobre, cumplió, y se salvó decorosamente la situación. El encierro reseñado fue luego lidiado en la Plaza México.

Por el contrario, en muchas ocasiones, en particular con los apoderados españoles, bastaba una llamada. Fechas y dinero, a veces ganado; rara vez, muy rara vez, eran alternantes.

Lo normal era que se arreglaran sin “gatos”. Ni para qué cruzar el charco o llevar a cabo la “cacería” de las figuras, ni las reuniones interminables para ajustar caprichos, vanidades y veleidades, que seguramente han existido, existen y existirán, pero que se encontraban con la sensibilidad, el don de gentes, la caballerosidad y donaire y la palabra de hidalgo del Doctor. Más, mucho más complicado era armar los carteles con el ganado. En una ocasión, hecho el cartel para la presentación de José Miguel Arroyo, no faltó quien metió la cizaña de que lo de Torrecilla salía chungo y el padrino ofreció una corrida de Claudio Huerta que, aunque chica y joven, tenía cabeza aparatosa y, por lo mismo, “plaza”. Se hizo la sustitución y en un desplante en que le perdió la cara, el torero recibió una de las más grandes y dolorosas cornadas de su vida.

El gobernador Rodolfo Landeros era amigo personal del Doctor y, como buen aficionado a la Fiesta de los Toros y entusiasta promotor del estado, invitó al Doctor para formar un equipo en la promoción taurina de la Feria de San Marcos. No sólo dio el remedio, sino también el trapito. El apoyo del gobierno fue incondicional, lo que permitió dar una solución a fondo al mal diseño de la Plaza Monumental, que surgió a partir del esqueleto de un lienzo charro tomado como base para erigir la plaza. El pequeño gran detalle de la isóptica hizo que la plaza fuera incómoda y que en las primeras filas se perdiera la visión completa del ruedo. El resultado fue tan desastroso que el gobernador Francisco Guel prefirió no inaugurarla: hubo la primera corrida, pero no un acto de inauguración formal. Luego se trató de remediar subiendo el ruedo, pero los toriles quedaban medio metro abajo. Se amplió el callejón, pero, además de antiestético, resultó impráctico: un callejón amplísimo complicaba desalojar a un toro cuando eventualmente se brincara. La solución que se le dio, finalmente, fue una estética funcional, lo cual le agregó un toque especial e individual a la plaza: los palcos. No tengo ninguna duda de que en la solución tomó parte directa el Doctor, así

como también en la de crear “El Campanario”, una de las decisiones más taurinas y que le dieron un toque personalísimo a la empresa, a la plaza y al serial taurino de Aguascalientes.

Las críticas no faltaron, especialmente de los *masiosares*, que veían en la imitación del Batán un homenaje, porque sí, a lo peninsular y no las razones taurinas para la existencia. En el caso particular de la Monumental de Aguascalientes, la razón fundamental fue que los toros sufrían mucho por el ajeteo, el ruido, las distracciones, los gritos y molestias del ambiente. El toro, que ha pasado cuatro años de su vida en casi absoluta tranquilidad, salvo los movimientos usuales de cambios de potreros de ejercicio en los tauródromos, que por cierto no se usaban hace 50 años, de repente, luego de un traslado azaroso, movido, ruidoso, llega a un ambiente hostil, estruendoso, que altera su sensibilidad a flor de piel. “El Campanario” permitiría que el toro llegara a un espacio tranquilo, con un ruido controlado, con agua y comida fresca y abundante, en donde podría ser observado desde plataformas cómodas. Las instalaciones fueron diseñadas con el apoyo de conocedores del temperamento y manejo del toro de lidia, con pasillos suficientemente anchos para que el toro pasara comodidad, pero bastante estrechos para que no se volviera, con la altura adecuada para no distraerse y con el puerto de desembarco prácticamente a nivel para que el animal no tuviera que subir o bajar y sentir un obstáculo. En todo pensó, e incluso, con la designación de su amigo y reconocido ganadero Francisco Madrazo Solórzano como encargado de “El Campanario”, aseguró la presencia del personal con la experiencia, el conocimiento y el reconocimiento del ambiente taurino. El funcionamiento de “El Campanario” fue todo un éxito y los agoreros del desastre se tragaron sus palabras. El manejo de los toros en los corrales de Peñuelas fue impecable y la posibilidad de ver los encierros hasta con dos semanas de anticipación en un ambiente tranquilo y en un entorno taurino fue uno de los grandes aciertos de la administración de la empresa de la

que el Doctor formó parte y que tuvo su apoteosis con una hecatombe: 108 toros en un serial.

El Aguascalientes de mis recuerdos es taurino, más por ambiente y por tradición que por la existencia real de un número razonable de festejos. Tres corridas en la feria, una que otra novillada, dos o tres festivales y algún festejo cómico taurino. Pero en la Plaza San Marcos, en el rastro de la calle Guerrero, en los corrales de Guadalupe y el Panteón, y en la bolería Calesero de Julián, en el Parián, la llegada de Guillermo “Cabezón” González dio un empuje importantísimo al número e importancia de los festejos, con una administración un tanto gitana, por llamarle de alguna manera, pero la llegada de la empresa taurina con el Doctor, con el matador Eduardo Solórzano y don Julio Díaz Torre transformaron la administración con una visión profesional, transparente, taurina y sin más favoritismos que la Fiesta de los Toros y el apoyo a la afición de Aguascalientes.

La empresa apoyó y dio puestos a los toreros de Aguascalientes. En particular, el Doctor tenía gran fe en los hermanos Sánchez: Ricardo y Fernando. El Doctor convenció al matador Solórzano y don Eduardo se entusiasmó también. Me platicó que el matador pensó que el futuro de la Fiesta en México podría girar en torno a esos dos toreros y se ofreció a enseñarles a torear de capa, una falencia de la que ambos adolecían. El Doctor buscó que el esfuerzo y sacrificio de los toreros se vieran respaldados por la empresa, que no les costara torear y que pudieran ganar unos duros para incentivar su afición. Le interesaba promover a los toreros de Aguascalientes y no veía positivo desgastarlos en enfrentamientos entre sí. El esfuerzo en la empresa dejó el listón muy alto; quedó claro que, sin embargo, más allá de la sensibilidad, la razón, la transparencia y la afición, en el manejo y resultados de un torero, de una ganadería o de una empresa, influyen muchísimos factores y, pese a todo, el Doctor dejó marcada su impronta o, como se

dice en términos taurinos, su sello, y lo hacía con sencillez, con naturalidad, con clase.

Hace algunos años, en la Peña de la Platería, en el Albaycín de Granada, tuve la fortuna de ser invitado a un homenaje de una familia de cantaores y bailaores, “Los Golondrina”. El presentador se refirió al patriarca de la familia y destacó su virtud de “saber estar”. Pienso en el Doctor y en esa virtud y las complementarias que forman una: saber ser, saber tener y, en ocasiones, saber no tener y saber estar, pero también hacer sentir bienestar, porque si algo tenía el Doctor, era hacerte sentir bien, estando con él. No en balde decía Antonio Chenel “Antoñete” que en el toreo, como en la vida, lo fundamental era la colocación, que es una manera de saber estar.

La Secretaría de Educación Pública pedía la presencia del rector y el Doctor me indicó que lo acompañara; los astros se alinearon, especialmente Tauro y el Boyero. La cita era el lunes, pero el domingo toreaba Rafael de Paula. El domingo en México comimos en el “Gran Taquito”. Apenas nos habrían servido las entradas cuando ingresó un torero, un torero de verdad, sin poses ni afeites ni adminículos, de la montera a la zapatilla, aún sin montera ni zapatilla; de mediana edad y mediana estatura, con un traje tabaco, el pelo engomado, los ojos verdes, la piel aceituna y partiendo plaza. El Doctor se levantó como si pasara el Viático. “Es Cagancho, Chuy”, me dijo; se levantó y fue hacia él. Lo tomó de ambas manos con emoción manifiesta, yo no alcanzaba a escuchar y permanecí parado en nuestra mesa. Con evidente satisfacción, don Joaquín Rodríguez contestaba las palabras del Doctor. Se despidieron y el Doctor volvió a sentarse, todavía exultante. Le comenté que lo había visto saludar a presidentes de la República, embajadores, a grandes personajes, rectores extranjeros, grandes dignatarios, sabios y reconocidos maestros, pero nunca lo había visto tan emocionado como con el matador. “Es que es Cagancho, Chuy”, me contestó. La tarde fue anodina: dos o tres destellos de Rafael de Paula, vestido elegantemente

con un terno tórtola, y paremos de contar. De Paula nunca fue un operario del toreo, sino un artista de “soplo”, y esa tarde, para variar, nos la soplamos. Meses después, durante un viaje a España, me llamó el Doctor, lo cual no era tan frecuente. Me llamó para decirme: “Vi torear a De Paula, olvídate de lo que hayas visto”. Sin duda, el Doctor estaba tocado por los dioses, especialmente los taurinos.

La muerte, torpe pero eficiente segadora, le apartó a sus amigos, a sus viejos amigos, mas siempre tuvo la virtud de generar nuevas amistades y de retar a Gibrán; de seguir, quizás sin admitirlo, a Nietzsche. Gibrán daba la receta de la dicha: “que tu pensamiento no rebase el día de hoy”, pero Nietzsche afirmaba: “me pertenece el pasado mañana”. Sufrió ausencias dolorosas, pero nunca experimentó vacíos; su ser de naturaleza expansiva llenaba con el amor lo que para otro hubiera sido un hueco. Helikón (evento que convoca continuamente al diálogo universitario) fue uno de sus últimos proyectos de una serie inacabada e inacabable, porque siempre estaba en ebullición. Su palco en la plaza era el referente; su bonhomía, su amabilidad; su presencia cumplía una función luminosa. Algunos, pocos, disfrutábamos de su picaresca, de su humor, frecuentemente refrenado, y de su crítica, aguda pero reservada para pocos cabales.

Primero fueron las piernas: lo asumió con dignidad y el bastón fue un detalle adicional de distinción para un caballero con donosura y señorío: fina estampa, caballero. Luego el corazón, agotado, no de trabajar, sino de prodigarse, el que mandó un aviso, que el Doctor reconoció y asumió. Ahora lo recuerdo e imagino, citando a Antonio Gala: “no se molesten en acompañarme, conozco la salida”. El viernes por la noche hablamos: “¿Vas a ir a la corrida mañana?”, me preguntó. “No; como dijo don Juan Andrea: ‘Acúsome, Padre, que no soy tan pendejo’”, le dije. Reímos. “Yo tengo que ir, me van a entregar un papel”, me dijo. ¿Qué más papel le pueden entregar luego del ridículo de darle un reconocimiento de “Huésped distin-

guido” después de 90 años de *acalitanidad*? “¡Ah, qué Chuy!”, me dijo. “Doctor, está usted convaleciente, fue una cosa seria, ¿para qué se expone?”, le dije. El Doctor me contestó: “Mira, Chuy, estoy consciente de que estoy viviendo mis últimos días y los voy a vivir como he vivido toda mi vida: intensamente”.

